



Y POR SIEMPRE CAEREMOS
EN EL OLVIDO

Antonio García Salmerón

Y POR SIEMPRE CAEREMOS
EN EL OLVIDO



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio García Salmerón

ISBN: 978-84-18366-98-7

ISBN digital: 978-84-18366-99-4

Depósito legal: M-25812-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi esposa, mi compañera,
y para mi hijo, mi mejor obra.*

España tiene una deuda de gratitud con todos los pueblos y ciudades de Berbería que supieron acoger a los muchos miles y miles de españoles musulmanes expulsados de España. Ciudades como Tánger, Tetuán, Fez, Argel y tantos y tantos pueblos y ciudades hermanaron su sangre con la española para siempre, y muy especialmente el país y la ciudad de Túnez, que los acogieron en su sufrimiento para darles la esperanza de una nueva vida.

Vaya por delante el reconocimiento y gratitud de este pobre autor a todos los que trabajan por ayudar y proteger a los refugiados en todo el mundo. Gracias.

Preludio

No seré yo quien diga que el destino no existe, que los hilos que entreteje la vida no te condicionan el futuro. Yo antes no pensaba así, pero fue a partir de que conseguí una beca para un estudio de campo en un yacimiento arqueológico en Túnez que mi vida dio un cambio. Era el año dos mil diecisiete, y yo tenía veintisiete años. Conseguí la beca junto con otra arqueóloga española más, Mónica, que voló junto conmigo a Túnez; ambas teníamos la misma edad, las dos éramos buenas amigas desde la facultad, y era la primera vez que salíamos al extranjero a trabajar en nuestra profesión, por lo que estábamos totalmente ilusionadas. Nos destinaron al Sitio Arqueológico de Cartago, que es patrimonio de la humanidad, concretamente al Santuario de Tofet, de los antiguos cartagineses. Era el mes de julio, y el primer día de trabajo me encontraba en el yacimiento trabajando dentro de una caseta prefabricada sin aire acondicionado. Eran las doce del mediodía y yo estaba encargada de clasificar algunas pequeñas piezas de trozos de terracota sin mayor importancia que habían encontrado en la excavación, mientras recibía a bocajarro sobre mi cara, el aire caliente que sobre mí echaba un viejo ventilador, al tiempo que empezaba a sentir, como las gotas de sudor, empezaban a correr por mi cuerpo.

«Dios mío», pensé, «solo son las doce y esto parece una sauna. ¿Qué les hubiera costado poner aire acondicionado? Para ser mi primer día me voy a deshidratar».

—Madame Verónica —dijo un operario que acababa de entrar en la caseta un tanto nervioso y apresurado—, acaban de encon-

trar una pieza, y me preguntan si la pueden traer para que la examines —el operario hablaba en francés, y aunque mi francés no fuera perfecto del todo, por el nerviosismo del operario comprendí que se trataba de algo importante.

—Sí, dile a un mozo que la traiga envuelta y con mucho cuidado —le dije expectante, esperando durante unos minutos, al término de los cuales, veo aparecer en la caseta a un hombre de unos treinta años, alto, fornido, de cabello oscuro, con un pañuelo blanco sobre la cabeza y el cogote para amortiguar los rayos solares, y el torso desnudo de piel morena, tostada de los trabajos bajo el sol.

«Le dije que me mandaran un mozo y me han mandado un muso del Olimpo», pensé yo. Un macizo, con unos ojos verdes que enamoran, y un porte de los que no pasan desapercibidos para una mujer; venía con una caja de madera de medio metro por sesenta centímetros en las manos con alguna preciada pieza en su interior envuelta en paños. Yo intenté controlar mis emociones al verlo, y aparentando profesionalidad le indiqué que pasara.

—Buenos días, preciosa —me dijo nada más entrar en un español dificultoso con marcado acento tunecino, y una media sonrisa luminosa, que le alumbraba la cara.

«¡Uy! Mal empezamos», pensé yo. «El típico machista tunecino que ve a la mujer como un objeto de consumo y se atreve a piropearla», aunque intenté sobreponerme y no evidenciar mi enfado.

—Saca la pieza con cuidado y me la metes ahí —le dije en tono un tanto autoritario indicándole con el dedo el receptáculo para las piezas que estaba sobre la mesa.

—¿Dónde? —preguntó él a secas, mientras me miraba a los ojos con esa sonrisa pícaro de cara dura, pero que lo hacía tan atractivo.

—¿Dónde qué? —le dije cortante y con un tono un tanto desagradable para ser mi primer día de trabajo, pero confieso que aquel tipo estaba logrando exasperarme por momentos.

—¿Que dónde quieres que te la meta? —me dijo con una sonrisa en el mismo tono chulesco, que yo no estaba dispuesta a aguan-

tar. «Esto es acoso sexual», pensé yo. Aunque de otra manera, pensé, también es posible que no se haya propasado, y sus palabras no tengan la doble intensidad que me imagino, y quizás todo el problema está en que al ver a un tipo tan *buenorro*, así de sopetón, mi mente haya empezado a divagar proyectando en sus palabras mis propios deseos, y yo no quería montar una escena el primer día de trabajo en el yacimiento, quizás se deba todo a que no conocía del todo bien, las costumbres y el comportamiento de los tunecinos.

—Aquí —le dije de forma seca nuevamente con la mano.

Él, muy meticulosamente, sacó la pieza envuelta en el paño y la puso sobre el receptáculo. El tenerlo así frente a mí con el pecho descubierto a poco más de medio metro me hizo que casi oliera su cuerpo; asombrosamente, era un olor limpio. «Dios mío», pensé. «¿Cómo puede oler tan bien un cuerpo sudoroso? Parece algo imposible, y sobre todo ¿cómo se puede estar tan bueno? Debería ser ilegal el poder pasarse por ahí con el torso desnudo; comprendo que algunos trabajadores se quiten la camiseta para trabajar bajo el sol, pero es que aquello era increíble, irresistible diría yo, se le marcaban todos los músculos de su pecho y abdomen; un tipo tan alto, con unos brazos tan musculosos y fuertes». Pero yo, haciendo un esfuerzo de autodominio, fingí calma y serenidad.

—¿Algo más, preciosa? —me dijo él de nuevo con su sonrisa cautivadora, lo que ya me puso a cien en mi enfado, por dentro, parecía yo una locomotora de vapor a punto de explotar, no estaba dispuesta a aguantar a ningún machista, y menos en mi trabajo, por muy moro que fuera el país donde tenía que trabajar, pero una vez más, de nuevo hice un profesional intento de contención de mi enfado ante el operario.

—Eso es todo, ya se puede usted marchar —le dije de forma seca y desagradable.

—Como quieras, preciosa —me dijo él con esa sonrisa pícaro de cara dura.

«¡Ah, no!», pensé yo. «¡Eso sí que no! Otro piropo chulesco no lo aguanto», y me salió como un volcán en erupción todo lo que en

mi interior estaba pensando de una actitud tan machista e insolente de un operario del yacimiento.

—¡Pero qué preciosa ni porras! —le dije alzándole la voz—. ¡A mí se me respeta como mujer, como persona y como tu superior en el trabajo! ¡Que sea la última vez que me dices preciosa! —le solté a bocajarro.

—Disculpa, yo también soy español —me dijo con una media sonrisa cautivadora, con esos ojos verdes chispeantes, luminosos, que te traspasan el alma, al tiempo que se quitaba el pañuelo de la cabeza, dejando libre su melena negra azabache, moviendo levemente la cabeza para sacudirse el cabello que le caía por los hombros.

—¡Que no vuelva a ocurrir! —le regañé.

—Como tú quieras, princesa —me dijo de nuevo dándose media vuelta para marcharse, y logrando exasperarme otra vez, aunque lo que de verdad me llamaba la atención al volverse, fue su musculosa y ancha espalda bronceada por el sol, lo que causó en mí un sentimiento contrapuesto, por un lado lo había vuelto a hacer al llamarme princesa, pero por otro había provocado en mí un sentimiento irremediable de pasión, al verlo me asaltaban deseos de besarlo, de morderlo, incluso, inconscientemente una vez que se había marchado, llegaban incontrolables a mi mente, imágenes envueltas en deseo, de él haciéndome el amor, mientras intentaba con esfuerzo apartar estas imágenes de mi mente pensando, que solo era un chulo, un cara dura, y que ese de español tenía lo que yo de monja, y que seguramente el español que hablaba con acento tunecino, lo aprendió mientras trabajaba vendiendo objetos en una playa de Benidorm, en el momento que entró en la caseta mi amiga Mónica con unos informes bajo el brazo.

No solo Túnez tiene maravillosos restos arqueológicos, sino también tiene maravillosas playas, y al día siguiente, que era fiesta en Túnez, mi amiga y yo decidimos ir a una playa cercana a nuestro hotel, darnos un remojón en las aguas del Mediterráneo y broncear nuestras blancas pieles al Sol, y cosa extraña, que entre tantas per-

sonas, me volviera a encontrar a aquel tipo paseando por la orilla de la playa, iba con dos chicas que llevaba agarradas por la cintura, una en cada brazo, mientras hablaban los tres de una forma desenfadada. Al verlo, noté cómo se me revolvían las tripas, sintiendo en mi interior algo parecido a los celos. «Dios mío», pensé. «¿Qué me importa a mí que ese maleducado vaya por ahí con dos chicas de impresión por la playa? A mí no me importa nada», colocándome mis gafas de sol para que no me reconociera y fingiendo que no los estaba mirando; pero, aun así, en el primer golpe de vista que él me echó me reconoció al momento, y dirigiéndole unas palabras a sus acompañantes, estas siguieron andando solas, al tiempo que él venía a mi encuentro, mientras que yo, por disimular, echaba la cara para otro lado.

—Vaya, no esperaba encontrarte aquí, preciosa —observando cómo mi compañera se quedó impresionada al ver un tipo tan atractivo dirigiéndose a nosotras mientras lo escuchaba con la boca abierta. Yo fingí que no lo había estado mirando, y que lo acababa de ver en el momento que giré la cabeza.

—¿Ah, es a mí? —le dije haciéndome la distraída.

—¿Cuántas preciosas hay en la playa? —dijo agachándose y poniéndose a mi altura, mientras mi compañera se quedó alelada al ver aquel objeto de deseo al que escuchaba con embeleso.

—Mujeres bonitas hay muchas en la playa.

—Bonitas, sí —me dijo él con su voz dulce, cálida y directa—. Pero preciosa solo tú.

Yo, la verdad, es que por una vez sus piropos machistas no me llegaron a molestar, sino que me sentí alagada.

—No nos presentamos ayer en el yacimiento, y quería decirte mi nombre —me dijo él—. Me llamo Asim —tras lo cual intenté presentarme yo también.

—Yo me llamo Verónica —le empecé a decir, y acto seguido, poniendo su dedo índice sobre mis labios, me dijo con esa sonrisa maravillosa.

—Tú te llamas Verónica Martínez —me dijo en tono susurrante—. Yo sé mucho de ti —mi compañera estaba cada vez más im-

presionada, emocionada, excitada, incorporándose para sentarse en la arena mientras contemplaba el espectáculo.

«¡Pero qué descarado!», pensé yo. «¡Se ha atrevido a tocarme! ¡Pero quién se ha creído que es él para hablarme así», y salió de nuevo de mí mi versión de «feminista» indignada recalcitrante mandándole de nuevo a la porra.

—Mira —le contesté en tono brusco—. Me estás haciendo sombra y he venido a tomar el sol, así que haz el favor de marcharte.

Él se incorporó poniéndose de pie, y de nuevo con una sonrisa chulesca me traspasaba mis ojos con su mirada.

—De acuerdo, nos veremos otro día princesa —dijo despidiéndose, lo que hizo que mis ansias «feministas» ya no aguantaran más.

—¡Vete a la porra! —le dije en alta voz mientras él de espaldas se marchaba—. ¡Yo no soy princesa de nadie! —en el momento que él, volviendo la cabeza, con una sonrisa me guiñaba un ojo—. ¡Habrase visto! —le dije a mi amiga, la cual se había quedado como estupefacta todo el rato contemplando el espectáculo.

—¿Ese es el tipo que te indigna tanto? —me dijo Mónica mientras lo miraba, mordiéndose un poco el labio inferior, como si quisiera relamerse al contemplarlo por la espalda mientras se marchaba.

—¡Sí, ese! ¡¿Te puedes creer?!

—Tú no te preocupes. Si te molesta me lo dejas para mí, que seguro que yo sabré cómo tratarlo.

—¿Es que aquí en Túnez todos los hombres serán iguales?!

—Pues si fueran todos iguales que este yo me quedaría aquí para siempre —me dijo mientras se empezaba a reír, arrancando de mí una sonrisa que hizo que se quitara mi enfado de momento.

Pocos días más tarde estaba sentada junto con mi amiga Mónica en la cafetería del hotel África, tomándonos unos cafés mientras hablábamos distendidamente de varias cosas, y entre ellas del mo-

notema que desde unos días tenía Mónica conmigo sobre Asim, al cual por cierto no veíamos desde hacía unos días.

—Lo mismo está malo —le dije a mi amiga al tiempo que movía con mi cucharilla el azúcar del café, mientras aspiraba por la nariz su aroma.

—¿Malo? No, él está muy bueno —me dijo Mónica bromeando—. Estará enfermo, enfermo de los desplantes que le has dado al pobre. Seguro que solo por no verte, habrá cambiado de trabajo y todo. No está bien hablar así de un chico que lo único que ha intentado es ser amable contigo, y si, además, está tan bueno como este, no solo es que no esté bien, es que eso es un crimen —me dijo riendo.

Las palabras de mi amiga me hicieron sentir en mi interior un cierto dolor de arrepentimiento. Sí, quizás había sido una estúpida desagradable con un chico que solo había intentado ser simpático conmigo. Y si después de todo él hubiera sido un tipo viejo, fofo, calvo y feo, hasta me hubiera dado lo mismo haberle hablado así, pero es que él era tan atractivo que me volvía loca cada vez que lo tenía cerca, y por eso me dolía más no haber sabido ser más receptiva y más cariñosa con él. En el fondo, me sentía como una tonta que estaba desperdiciando las oportunidades que te da la vida.

—Sí, creo que tienes razón. Creo que ese chico se merece mejor trato por mi parte, y si aún se atreve a dirigirme la palabra, te prometo que intentaré ser más simpática con él —en el momento que mi amiga hizo llamar mi atención.

—Verónica, ¿no es aquel Asim el que acaba de entrar?

Yo miré hacia donde mi amiga me indicaba, y sí, efectivamente era él, con su cabello negro en melena, una fina chaqueta blanca de algodón, unos pantalones claros y unos zapatos de piel impolutos.

—Sí, es él —le contesté impresionada, casi sin poder pronunciar palabra.

—Pues no se ve muy enfermo que digamos —dijo mi amiga haciendo notar su buen aspecto.

—No, y viste demasiado bien, para ser un mozo del yacimiento —dije yo haciendo notar su aspecto en el momento que entraba tras de él una mujer elegantemente vestida, que lucía en su cuello unas bonitas joyas, y que acercándose a Asim, le echó las manos al cuello dándole un beso en los labios.

—Este no pierde comba —le dije a mi amiga de mal modo, sintiendo como los celos volvían a mí.

—Ella es lady Mary Helen. ¿No la conoces?

—¿Quién es? —le contesté yo.

—Es la directora del Sitio Arqueológico de Cartago, está nombrada por la UNESCO, y lleva, entre otros, los yacimientos del impresionante Circo Romano y del Santuario de Tofet. Con razón lleva días sin ir a trabajar; tiene el consentimiento de la jefa y seguro que cobra igual que si estuviera trabajando.

—¿Quieres decir que es un gigoló?

—¿Cómo si no un mozo del yacimiento iba a sacar dinero como para vestir así, exhibiendo su atractivo físico? Apuesto a que ni siquiera ha tenido que comprar la elegante ropa que usa, y ha sido regalo de lady Mary —me dijo mi amiga mientras observábamos cómo lady Mary se despedía de él entrando para dentro del hotel, mientras que Asim entraba en la cafetería donde nos encontrábamos, sentándose en la barra, y como si otra vez se anudaran los hilos del destino, en la primera mirada que echó para el fondo del local nos vio y nos reconoció al momento; yo intenté disimular mirando para otro lado, pero él, viniendo hacia nosotras, se sentó en nuestra mesa.

—¿Me permiten que las acompañe? —dijo él cortésmente, mientras se le podía ver el reloj de lujo que llevaba en la muñeca izquierda, y antes de que yo lo despidiera con aguas destempladas se adelantó mi amiga a contestarle.

—Por supuesto, siéntate, siempre es agradable tener una grata compañía —le dijo mi amiga, al tiempo que la olla a presión de mi cuerpo notaba como los vapores iban escalando atmósferas por mi enfado; se avecinaba tormenta.

—Estarás contento de vivir de las mujeres —disparé a quemarropa mientras mi amiga disimuladamente me daba una patada en la espinilla.

—¿Qué? —preguntó él sin saber por dónde venían los tiros, aunque seguro que se daba cuenta de mi careto, más largo y serio que un ajo porro.

—Que se debe vivir muy bien sin ir a trabajar, y a gastos pagados por Mary Helen, ya vi cómo te besaba —le dije echándoselo en cara tan seria, mientras él echaba unas sonoras carcajadas, y mi compañera me daba otra patada en las espinillas aún más fuerte que me hizo exclamar un ay.

—¡Es eso! —me dijo Asim sin parar de reír, mientras que yo notaba como mi compañera estaba un poco abochornada, tanto, que notando que en realidad ahí había algo entre nosotros se levantó disculpándose por un terrible «dolor de cabeza», diciendo que se retiraba a la habitación del hotel, y dejándonos a los dos a solas, a ver si aclarábamos lo nuestro. Yo, de muy buena gana me hubiera ido con ella, pero estaba tan indignada de ver como se reía de mis propias palabras, que estaba como el boxeador en el ring que anhela que empiece una pelea, así que me quedé.

—¿Se puede saber qué es eso que te hace tanta gracia? —le increpé.

—Yo soy un hombre, y sí, lo reconozco, me gustan las mujeres, pero no creo que eso sea un crimen. Y, de todas formas, yo no tengo que dar explicaciones a nadie, y mucho menos a ti, que no eres mi mujer ni mi novia.

Yo me sentí en un momento desarmada, pero aun así contraataqué.

—Sí, pero el machismo no lo soporto.

—Mira, tú no sabes nada de mí, pero esto tiene fácil solución. Te recojo mañana a las siete de la tarde en la puerta del hotel, y te llevaré con mi moto a conocer un poco la ciudad. ¿Qué te parece?

Él seguramente esperaba que le dijera que no, pero yo no quería dejar la oportunidad de conocerle un poco mejor, así que acepté.

Al día siguiente, poco antes de la cita, yo tomé mis armas como si fuera a la guerra, una minifalda negra de cuero, una camiseta beige de amplio escote, y unas braguitas tanga de encaje blanco. «Si este quiere guerra la va a tener», pensé mientras me echaba al cuello y al canalillo del pecho unas gotitas de mi perfume favorito. «Cuando termine con él va a tener que pedir bandera blanca de rendición», pensé mientras me ponía un poco de carmín en los labios frente al espejo. «¿Pero quién se habrá creído que es él? Si se ha creído que porque es guapo y chulo puede ir avasallando a las mujeres, se va a encontrar con la horma de su zapato».

A la hora convenida bajé hasta la puerta del hotel, y allí estaba Asim con su moto que acababa de llegar; él se quitó el casco para saludarme, quedando su vista fija en mi pecho como un imán.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté, viéndolo por un instante aturdido.

—No, nada, es que estás impresionante —me dijo volviendo en sí y mirándome a los ojos—. ¿Pero no vas un pelín desabrigada tú para estar en un país musulmán?

—A mí nadie me dice cómo tengo que vestir. ¿Qué es, que no te gusta?

—No, si a mí me encanta —me dijo con una sonrisa.

—Yo respeto a todo el mundo, y por eso quiero que todo el mundo me respete a mí.

—Anda, toma —me dijo él dándome un casco de la moto que había cogido de la parte trasera de su moto de gran cilindrada—. Póntelo y móntate atrás.

«Uno a cero», pensé yo. «Empezamos ganando». No sabía hacia dónde se dirigía con su moto, pero me agarraba a su pecho fuertemente con mis brazos, y apoyaba mi cabeza en su espalda, al poco rato, entramos en la medina de Túnez, un laberinto de preciosas y estrechas calles, y que él parecía conocer a la perfección, deteniéndonos en un café típico de la Medina, donde nos sirvieron unos téis y empezamos a hablar relajadamente.

—Yo soy también español —me confesó él mientras estábamos sentados en una mesa. Yo arqueé la ceja izquierda de incredulidad mientras pensaba: «¿Perdona?! ¿Ahora qué trola me vas a contar?»

—Yo soy morisco, y provengo de familias moriscas que emigraron de España en el pasado.

Yo pensé: «Como sabe que me gusta la historia, me va a atacar por ahí».

—Mi apellido es Husseini-Calabuig. Mis antepasados provienen de Valencia; en mi familia se repite un dicho antiguo que dice: «Valencia, la mejor tierra del mundo». Yo nací en la localidad de Tertur, que fue fundada por moriscos españoles del siglo xvii, principalmente valencianos, mis vecinos, se apellidan Denia y Alicante, y aquí en Túnez, te puedes encontrar apellidos como Conde, Amor, Morisco, Luís, Méndez, Palau, Balaguer, etc., y como en el pasado hubo un tiempo en que hostigaron a los moriscos por tener apellidos españoles y muchos tradujeron al tunecino algunos apellidos, podemos encontrar otros como Kortobi, de Córdoba, Balma, de Palma, Berrayana, de Burriana, Bergaoni, de Berga, Barcelona, Flix, de Flix, Tarragona, Andoulsi, de al-Ándalus, España, Koudia, de la Alcudia de Valencia, Ichbibí, de Sevilla, Wichka, de Huesca, Chouria, de Soria, Kartalli, de Castilla, Karabaka, de Caravaca de la Cruz, y otros muchos apellidos que denotan el pasado español de sus antepasados, y que denotan su procedencia hispana. Yo soy un morisco auténtico, y por lo tanto español. Soy una prueba irrefutable del pasado: mirándome a mí ves a tus propios antepasados y el pasado de tu patria.

Después de esta larga parrafada que me soltó como en un monólogo, yo me quedé un poco con la boca abierta. Parecía como si hubiera guardado estas palabras en su pecho para desahogarse y contárselas a alguien. Yo había leído sobre la expulsión de los moriscos de España en el 1609 en la historia, pero no me había encontrado nunca de frente a uno de ellos, ni se me había ocurrido que pudiera suceder. Era como si un paleontólogo pudiera ver con vida a un dinosaurio.

—Yo soy de Valencia —le contesté—. De allí expulsaron a más de 120.000 personas. A uno de cada tres habitantes del reino de Valencia los arrancaron de su tierra y los expulsaron de ella; a unos 300.000 en toda la Corona española.

—A lo mejor de España —dijo él mientras bebía un sorbo de la taza de té—. La vida de mis antepasados en la Berbería no fue fácil. Ellos no conocían nuestra lengua ni nuestras costumbres, eran españoles, valencianos en buena parte, así, que algunas tribus bereberes, los acusaban de falsos musulmanes, y los masacraban, los violaban, los robaban, para ellos, el desembarco en el destierro fue un durísimo infierno, hasta que el poder Otomano los protegió, y fundaron ciudades y pueblos de españoles en esta parte del Mediterráneo, entre ellos Tertur, donde yo nací.

Yo me quedé con la boca abierta, era algo que no esperaba, haberme encontrado en Túnez con una parte de la historia viva de Valencia.

Poco después Asim me llevó con su moto a conocer interesantes rincones de su país, del que él, como buen tunecino, se sentía tan orgulloso. Recorrimos la rue Denia y la rue Valencia, nombres que le habían puesto a las calles como homenaje a sus antepasados. Posteriormente, a través de una intrincada maraña de estrechas calles, llegamos a la *rue deus* Andalous, una callejuela estrecha de casas blancas, antiguas, encaladas de cal; Pasamos a través de un arco hecho de ladrillos, que en medio de la calle era una verdadera joya de albañilería, y pocos metros más allá en la calle, a mano derecha, se encontraba una casa de fachada blanca con una entrada en forma de arco con puertas de madera. Asim abrió la puerta con su llave, y entramos con la moto al interior de un fresco patio con algunas macetas junto a las paredes. A mí me dio la impresión, de que ciertamente estábamos en un rincón de Andalucía.

—Esta es mi casa —me dijo mientras me ofrecía un refresco casero que sabía como a limonada.

Yo pensé: «Este chico me trae a enseñarme su casa, y lo próximo que me mostrará, seguramente, será el dormitorio». Pero a mí

la verdad es que este chico me gustaba tanto que me estaba empezando a volver loca, y yo, la verdad, es que me daba igual lo que me quisiera enseñar mientras estuviéramos juntos.

—¿En esta calle quiénes vivían, los moriscos andaluces? —le dije mientras me enseñaba las diversas dependencias.

—Para los tunecinos, todos los que venían de España venían de al-Ándalus —me contestó él mientras entrábamos en una habitación en la que había una cama.

Yo pensé: «Lo sabía». Ambos nos detuvimos y corrió un minuto de silencio entre los dos, mientras nuestros ojos no dejaban de mirarse y nuestros labios, sin control, se encontraban cada vez más cerca, hasta que irremediamente se juntaron con pasión, tras lo cual separé mi boca un instante de la de él para tomar aliento, y exclamé:

—No quiero que pienses que soy una chica fácil —le dije mientras me abalanzaba de nuevo hacia él para besarlo y mis manos le desabrochaban la camisa, al tiempo que él subía mi camiseta sacándomela por la cabeza y sin dejar de besarnos, cayendo los dos sobre la cama, donde hicimos el amor con pasión, disfrutando de la ambrosía que irradiaban nuestros cuerpos, pasando una noche de amor y frenesí, y despertándonos por la mañana abrazados desnudos en la cama, yo me sentía a gusto entre sus vigorosos brazos, y empezaba a sentir algo que hacía tiempo no sentía, pero que me envolvía de dicha y felicidad, y me dije a mí misma: «Verónica, te estás enamorando, y eso no te conviene», mientras observaba la pared frente a la cama de un bonito color verde, y en la que estaba colgado un cuadro con el marco en dorado, y en el que tras el cristal, se podía observar una llave de aspecto dorado en su interior, lo que me causó curiosidad.

«¿De qué será esa llave? ¿Y por qué estará metida dentro de un marco? ¿Qué significado tiene?», me preguntaba a mí misma, cuando Asim despertó abriendo los ojos y dándome un beso.

—Asim —le pregunté—, ¿qué significa esa llave? —levantándonos ambos para verla de cerca. Él la sacó del cuadro y la puso

en mis manos. Era una llave de bronce dorado de unos 12 centímetros, que parecía muy antigua, y algo que me llamó la atención es que la empuñadura de la llave no era redonda al uso, sino que ofrecía la silueta de una estrella de ocho puntas, con una inscripción a lo largo en letras árabes, que yo apunté por curiosidad con un bolígrafo en un pañuelo de papel que saqué de mi bolso. Estaba intrigada; he de reconocer que me gusta todo lo antiguo, y esa llave parecía tener sus años y su historia.

—Mi abuela dice que se la trajeron de España cuando los expulsaron de sus casas allí en Valencia, y que algún día volveremos a vivir en nuestra tierra y volveremos a nuestras casas de antes.

—Me temo que esas casas ya no existen —le dije dándole la llave de nuevo.

—Lo sé, pero es algo que se ha contado en mi familia de generación en generación y ahora me toca a mí conservarla.

—Eso es algo que corresponde al pasado —le dije.

—Sí, pero mi abuela sigue rezando por las noches para que Alah proteja a los musulmanes españoles de la Inquisición.

Era una luminosa mañana de finales del mes de mayo, con esa luz tan especial de valencia en primavera, que parecía impregnar todas las cosas, el cielo lucía un azul intenso e inmaculado, y se respiraba un aire limpio, que revitalizaba los pulmones, cargado del oxígeno del mar. Las campanas de la Seu, de la catedral de Valencia, repicaban desde el Miguelete anunciando el primer aviso de que iba a empezar la misa y el acto musical de la fe, que daba inicio a la mayor fiesta de la ciudad, que en esos días festivos se volcaría en rendir culto a la sagrada forma, y que culminaría con la procesión del Corpus Christi al día siguiente, y con numerosas manifestaciones populares. Valencia vibraría en cada rincón de la ciudad, con la alegría desbordante del pueblo, con sus risas, música, cantos populares, danzas, y festejos taurinos.

Jaume Calabuig y Pau Ferrer eran cristianos nuevos y junto a su amigo cristiano viejo Ferrando Belda marchaban por la calle en dirección a la Seu. Eran los tres jóvenes buenos amigos, los tres rondaban los 19 años, y tenían quizás más ganas de fiesta que nadie.

—Ayer te estuvimos esperando para irnos de ronda con las guitarras y los laudes a «declarar amor a unas doncellas» —le dijo Pau a su amigo Jaume.

—¿Y les contasteis que sois unos truhanes? —les dijo Jaume entre bromas, mientras se paraba a comprar unos buñuelos que estaba friendo un morisco en un puesto que tenía en medio de la calle.

—No —dijo Ferrando—. Eso ya lo adivinarán ellas. Tuvimos que escapar por pies de la ronda de los guardias.

—¿Cuánto es? —le dijo Jaume al morisco después de repartir los buñuelos calentitos entre él y sus dos amigos.

—Para el hijo de Xavier Calabuig son gratis —le dijo el buñuelero. El padre de Jaume le había pagado su carta de ahorría, y le

había regalado unos ducados para comprar los utensilios de hacer buñuelos en la calle, para que pudiera iniciarse en este oficio tan propio de los moriscos, y ganarse así la vida para mantener a su familia.

—Muchas gracias —le dijo Jaume iniciando los tres su marcha y siguiendo con la conversación.

—Nuestro amigo Jaime estaba ayer ocupado en danzar en la fiesta con Brianda y hacerle la corte a la dama —les dijo Ferrando.

—Es que creo que me estoy enamorando. Jamás vi a una doncella con tal encanto y tal dulzura en sus palabras, y en su andar tanto donaire.

—¿Y por una dama echasteis vos en el olvido a vuestros buenos amigos? —le dijo Pau Ferrer con sorna, echándose a reír los tres a carcajadas.

—¡Por Júpiter! —dijo Ferrando a su amigo—. ¡Que podríais haberos venido con nosotros cuando la hubieseis dejado al anochecer!

—¿Y quién os dijo que la dejó al anochecer? —dijo Pau Ferrer bromeando, el cual tenía el sobrenombre moro de *Alí* dentro de su familia.

—Eso son secretos de caballero —dijo Jaume (Fathi ben Hussein) a sus amigos con una sonrisa, cuando oyeron que las campanas de la Seu daban el último aviso, y empezaron los tres a aligerar. Al entrar en la catedral había realmente una muchedumbre, así que como pudieron se fueron haciendo paso entre la multitud mientras oían entre el silencio solemne, el canto sublime de una mujer acompañada por el órgano. Las notas que daba eran perfectas, de tan esmerada ejecución, que le hicieron parecer a Jaume que realmente estaba cantando un ángel. Él, como pudo, fue avanzando hasta situarse cerca del coro del altar mayor solo para verla, pues si el sonido de su voz era delicioso, no menos era la belleza de su rostro, de un blanco nacarado como el de una diosa del Olimpo, con su ebúrneo cuello dando las notas exactas, que a Jaume (Fathi ben Hussein) le hacían vibrar las células de su cerebro totalmente extasiado.

—¿Quién es? —balbuceó en un susurro al oído de su amigo Ferrando.

—¿No la conoces? Es Catalina, la hija de don Pedro de Mendoza.

Jaume seguía extasiado cuando la oía cantar, quedándose hasta que finalizó la misa, cantando Catalina a continuación un motete acompañada tan solo de una viola da gamba, lo cual fue algo sublime, maravilloso, celestial, que dejó a Jaime como transportado a un mundo de belleza y felicidad, al que solo puede llegar el arte verdadero.

Jaume era un gran músico, dominaba casi todos los instrumentos y había leído innumerables partituras, pero nunca había oído ni sentido algo igual, así que se quedó como hipnotizado hasta que terminó el acto sin moverse, mirando la belleza de Catalina.

—Jaume, deberíamos irnos —le dijeron sus amigos—. Ya no queda casi nadie en la iglesia —pero Jaime seguía como absorto sin dejar de mirarla fijamente, de manera, que también Catalina se percató de la insistente mirada de ese atractivo joven, y al bajar del coro para marcharse, sus miradas se cruzaron, pero entrelazándose tan profundamente, que se diría que se adentraron en el fondo de sus almas. Después de que Catalina se marchara, los tres amigos salieron de la catedral por la puerta de los apóstoles, con su colosal rosetón con la estrella de Salomón, hasta la Plaça de la Verge, pasando junto a las rocas de La Diablesa, San Miguel, De la Fe, San Vicente Ferrer y La Purísima, admirando las carrozas preparadas para la procesión del Corpus Christi del día siguiente.

—Existe —dijo Jaime ante sus amigos con palabras que le salían de lo más profundo de su alma.

—¿Te pasa algo? —le dijo el morisco Pau Ferrer.

—Alguna vez soñé con ver algo tan divino, pero creí que jamás la podría encontrar sobre la Tierra, y en realidad existe.

—Te ha impresionado la música —le dijo Ferrando mientras caminaban por la calle.

—No —dijo Jaime—. Me ha impresionado ella.

El día siguiente era el día grande de Valencia, cuando la procesión del Corpus Christi saldría en la mañana por la puerta de los apóstoles de la Seu, la catedral, mientras repicaban las campanas de la torre de El Micalet. Había música y danzas por todas partes, los espacios públicos y las fachadas de las casas estaban ricamente engalanadas con enseñas e insignias reales, mantos de ricos colores en ventanas y balcones, y guirnaldas de flores, que cruzaban de un lado a otro de las calles. Los tres amigos se dirigían a la Plaça de la Verge en medio de la muchedumbre, aunque Jaume tuviera la mente en otra parte, y concretamente, en la imagen de la bella Catalina, y que no consiguió borrar en toda la noche. Ya habían salido las rocas en su desfile, unas carrozas tiradas por caballos con imágenes talladas en madera. La última en pasar fue la de La Purísima.

—Descúbrete —le dijo Ferrando haciéndole notar el paso de la imagen de la Virgen.

—No me pienso arrodillar ni quitar el sombrero ante un palo —les dijo Jaume en voz baja a sus amigos.

—Calla, insensato —le reprendió Pau en voz baja—. Si alguien te oyera te podrían acusar ante el Santo Oficio, y condenarte a 100 azotes como mínimo.

—Pues entonces me voy. Yo no pinto nada aquí —dijo Jaume marchándose del lugar, que aunque respetaba la religión cristiana no compartía el que la madre de Jesús fuera virgen en el parto y después del parto, ni que se arrodillasen ante una estatua de madera. Así que enfiló para su casa, mientras seguía pensando en la bella Catalina, de manera que, sin él proponérselo, al llegar a la esquina de la *carrer* de Les Costureres, donde vivía, y como iba pensando en otra cosa, sus pies le llevaron por la *carrer* Dels Cavallers, andando, hasta llegar a la *carrer* de la Bossería, en donde su amigo Ferrando le había dicho que se encontraba la casa de Pedro de Mendoza, y allí, en medio de la muchedumbre que se agolpaba para ver la procesión, se paró ante el número 12 mirando hacia los balcones, bonitamente engalanados de la casa, a los que no tardó en salir Catalina junto a su hermana Beatriz para ver la procesión. Jaume,

en realidad, no estaba pendiente de la procesión, ni se percató de la murta, ni de Els Ciralots, ni de la custodia de oro acompañada por seis mancebos vestidos con terciopelo y seda de colores rojo y blanco portando espigas y racimos plateados, rindiendo honores alabarderos del Ejército español; de nada de eso se percataba, ni de la calle alfombrada de plantas aromáticas, ni de los pétalos de flores que la gente arrojaba por las ventanas, ni del sonar de las campanas de todas las iglesias de la ciudad con toque especial de la festividad de la Torre del Miguelete, de nada de eso se percataba, porque él tenía sus ojos y su corazón fijos en el rostro de una mujer, en captar todos sus instantes, todas sus posturas, todos sus movimientos. Para Jaume, en el mundo solo existía Catalina, y en un instante, de esos instantes que son tan largos como toda una vida, los ojos de ambos se cruzaron y ya no podían separar la vista el uno el otro. Catalina lo veía desde su balcón, allí, parado de pie en frente de la calle entre la muchedumbre por casi una hora, y no podía parar de mirarlo, como si una fuerza superior a ella dirigiera su mirada, notando su hermana Beatriz algo raro en su hermana.

—Catalina, ¿te pasa algo? —notando en ella una actitud extraña.

—No, no es nada, solo un breve desvanecimiento de estar tanto rato de pie —se excusó Catalina.

—Te traeré un vaso de agua —dijo su hermana entrando para adentro, momento que aprovechó Catalina para descaradamente y sin moverse, dirigir la vista fija como una estatua hasta los ojos de Jaume, que en ese momento, sintió como su corazón saltaba de gozo, pues comprendió, que entre Catalina y él había surgido algo, algo que el latir de su pecho reconoció de inmediato, algo que podría ser la semilla, de lo que sería un gran amor.

Jaume volvió a su casa más contento que nunca. Era una bonita casa de dos plantas en el número cinco de la *carrer* de Les Costures, en la que vivía toda la familia, su abuela Virtuts (Fátima), de 82 años, sus padres, Xavier (Khalid) y Llorença (Ahlam), su hermano mayor Pere (Muhsen), de 22 años, su hermano pequeño Vicente

(Faluk), de 14, y la princesa de la casa, que era su hermana Mercé (Aziza), de cuatro años. Poco más allá en la calle, precisamente en el número diez, tenían un taller de confección, heredado de sus antepasados de generación en generación, donde se elaboraban telas, principalmente de seda y terciopelos, y se confeccionaba ropa, sobre todo prendas delicadas de interior para hombre y mujer, y vestidos y trajes de lujo y de fiesta, y otros más usuales, lo que daba para mantener holgadamente a la familia y mantener a cerca de cien empleados, la mayoría mujeres. Aunque los gremios estaban siempre en su contra por envidia, porque la familia Calabuig, fabricaba telas y prendas de más calidad que ellos, principalmente sedas, y confeccionaba ropa de buena calidad a mejor precio, lo cual era natural, porque su familia estaba en el negocio de la confección desde hacía muchos siglos, y controlaban todos los procesos productivos de la seda, desde el cultivo de hojas de morera y la cría de gusanos de seda por familias moriscas valencianas, hasta la laboriosa confección de ropa por las delicadas manos de mujeres moriscas. Jaume llegó muy contento de la calle, y al entrar en casa oyó una discusión de su hermano pequeño con su madre, ella, que empezó a llorar, le reprendía de algo que había hecho.

—Este niño me va a matar a disgustos —secándose las lágrimas con un pañuelo, al tiempo que entraba Jaume en la habitación.

—No disgustes a mamá, Faluk. ¿Qué le has hecho? —le dijo dándole a su hermano un coscorrón en el cogote. Entre ellos no se hablaban con su nombre cristiano por el que estaban bautizados a la fuerza, sino por su sobre nombre árabe, que consideraban su verdadero nombre.

—Yo no he hecho nada —dijo su hermano Vicente (Faluk).

—¿No me has hecho nada? —dijo la madre señalando la cara del chico—. ¿Y esto qué es? —le dijo indicando varias heridas y magulladuras que tenía en su mentón y en su mejilla—. ¡Te podían haber matado, insensato! —le recriminó la madre mientras su hermano Jaume lo observaba.

—Pero, Faluk, ¿quién te ha pegado?

—No ha sido nada, Fathi —le dijo a Jaume—. Es que anoche me escapé de la cama, y fui con mis amigos a correr a los toros que entraban en la ciudad para las corridas de esta tarde y mañana.

—Ya; te caíste —dijo Jaume más tranquilo.

—No. Me dio uno de los vaqueros con la garrocha en la espalda tirándome al suelo y me di contra una piedra.

—¿Quién te mandaría a ti correr delante de los toros? —le dijo la abuela que entraba en la habitación acompañada de Aziza (Mercé), la cual se encontraba jugando con un perro negro de raza ratonero valenciano.

—Es que se quedó un toro cortado entrando en una calle, e intenté torearlo con un trozo de tela roja para llevarlo a los corrales, y uno de los vaqueros me apartó de un golpe con la garrocha —dijo mientras entraba también el padre.

—Yo no quiero hijos toreros —dijo la madre—. Rara es la corrida en que no matan a alguno los toros en Valencia.

—Dejad tranquilo al chico —les dijo por fin el padre—. Torear es cosa de hombres. El valor es un tesoro que tiene el ser humano, el miedo esclaviza, y hay que aprender a combatir el miedo, porque el cielo se conquista por asalto.

—Sí, tú dale alas al niño —dijo la madre.

Xavier Calabuig (Khalid ben Hussein) era el padre de la familia, y aunque a él tampoco le gustaba que sus hijos se arriesgaran con los toros, respetaba su libertad. Era un hombre de unos 50 años, de aspecto afable y bonachón, que solo vivía para el trabajo y su familia, y al que sus más íntimos amigos y familiares le llamaban por su sobrenombre moro de Khalid. Por así decirlo, solo tenía un defecto, y era su afición al juego de cartas, que le había hecho perder importantes capitales, como todo el mundo en Valencia sabía.

El caso de un morisco adinerado era algo raro, una rareza no solo en Valencia sino en toda España. Estaban sometidos, humillados, acosados, lo que había hecho que hubiera musulmanes desde la conquista de Valencia, a través de siglos, que se hubiesen convertido al cristianismo, adoptando los nombres y apellidos cristianos,

ocultando al máximo su procedencia, su origen, y pasar desapercibidos. Pero aun así, todavía quedó en el Reino de Valencia una tercera parte de la población que se negaba a abandonar su religión, y que fueron bautizados por la fuerza, cambiándoles por la fuerza su nombre musulmán por nombres y apellidos cristianos, prohibiéndoles hablar en su habla valenciana (el dialecto arábigo andalusí hablado en Valencia durante siglos), y obligándoles a hablar en cristiano, prohibiéndole sus ropas, y otras muchas vejaciones que las leyes les imponían para obligarlos a abandonar su religión. Ellos eran los moriscos: buena gente, trabajadora y honrada, pagadora de sus impuestos y que, salvo en algunos conatos de rebelión, acataban las leyes pacíficamente y a los que les fueron robadas sus fértiles y ricas tierras de regadío, pasando a trabajar para los nuevos señores o arrancándolos hacia tierras pobres de secano y montañosas; y aun así, si encontraban algo de agua, procuraban hacer de aquellas tierras un vergel. De manera que encontrar a un morisco rico, excepto alguno, que raramente se dedicaba al comercio al por mayor o a la industria como Khalid, era solo una excepción; Aunque últimamente, Khalid ben Husseini estaba perdiendo todo su capital, pues se había gastado mucho dinero en liberar a algunos esclavos moros de Valencia, dándoles además, algún dinero para que se pudieran mantener iniciando algún negocio artesano propio de los moriscos, como hacer buñuelos, o la fabricación y venta de diferentes turrone que hacían utilizando algunos ingredientes de calidad, como almendras, miel, azúcar y piñones, fabricando también alfeñiques y otras arropías.

Pero últimamente Xavier Calabuig, es decir, Khalid ben Husseini, además estaba perdiendo buena parte de su capital por el juego de las cartas como toda Valencia sabía, y aunque solía jugar con diversos y notables hombres de la sociedad valenciana, casualmente, por hados del azar, siempre perdía a favor del médico Gerard Tárrega, su amigo cristiano que le había ganado gran parte de sus bienes.